

—¡Loco!... Sube... ¿Por qué te vas?... Ven al menos mañana... Siempre que quieras... ¡Ven!

La voz se dilataba en el silencio de la calle. El siguió, impelido por una sensación de derrota. Asomada á la ventana, la mujer persistía en llamarlo. Siguió por en medio de la calle, y llegó á una plazoleta. Allí, indeciso, estuvo largo rato. De la plazoleta partían varias calles, igualmente lóbregas... imágenes de los caminos que le quedaban por seguir en la vida.

Y en aquel momento, con la precisión con que se comprueba una sensación física, Aurelio Zaldívar sintió que había dejado de ser joven.

## EPILOGO

Esta novela no quiere ser, en modo alguno, acto de censura ni de disculpa. Ojalá fuese, si el deseo de ser imparcial no se cumple, esto último, y así podía ejercer, siquiera juzgando á un hombre catalogado entre los seres *imaginarios*, esa virtud que tan raramente ponemos en la crítica de los actos de nuestros prójimos: la lenidad.

Aunque pretendí que la narración fuera neutral, quiero, si no sobre las razones, insistir sobre las incitaciones que ha tenido Aurelio Zaldívar para rodar tan bajo. Acaso, sintiendo el contagioso heroísmo de haber llevado entre sus manos una cabeza cercenada, deje debatir su desesperación en una contienda que tenga desenlace trágico; tal vez viva de la prostitución de una mujer como la que ahora queda llamándole loco, como la que encontró hace mucho tiempo en una calle obscura que vertía su misterio en la ancha vía luminosa del bulevar,—¿os acordáis?—, en París... Y el insistir acerca de su desdicha no tiene implícito el desconocimiento de los argumentos que en contra de Aurelio Zaldívar pudiéranse argüir: es que los callo... Esta ma-

nera de ser ecuánime sólo dejará de hallar comprensión en quienes ignoran cómo se ama á un compañero que ha vivido en nuestra preocupación la luenga jornada de trescientas páginas. ¿Es pasión?: Sí. ¿Es piedad?: También. Pasión y piedad: óptimas flores del espíritu.

Aurelio Zaldívar no pasó por la puerta estrecha; recorrió el camino angosto sin que le fuera acordada la gracia de olvidar el dolor en sus delirios, en su visión de eternal bienandanza. Los abrojos de la vereda punzaron cada uno de los nervios de su sensibilidad. ¿Que sus sufrimientos no fueron muy grandes? Sí, pues que su capacidad para sufrir no era mayor. Tuvo certidumbre en la pena y titubeo en la esperanza... Por eso he creído á veces que la mitad de su abnegación debiera ser más meritoria que un martirio completo.

Aurelio Zaldívar quedó en el quicio de la puerta estrecha. Para ir hasta allí, su voluntad supo dominar sus instintos, someter un pasado de alegrías; él consumió su juventud en las preocupaciones morales que otros guardan para la vejez, seguros de que la contrición de un minuto borra los pecados de una vida... Pero ya en el dintel, le faltó la llama que no nace en nosotros sino cuando la omnimoda potestad de Dios hace merced. Si al término del abrupto

sendero, ya con cada uno de los pies en los dos umbrales de la puerta, hubiera visto, siquiera entrevisto, la gloria destinada á los que la trasponen, ¿habriase dejado arrancar de ella por las siete bestias capitales de sus pecados? Aunque Dios ha desdeñado la elocuencia, otorgándosela á Satán para que persuada, embauque é impela, las siete fieras pueden menos que la mano que detuvo el Sol, hizo fulminar las nubes sobre el Sinaí y abrió las aguas clamorosas del mar Rojo para hacer camino de salvación á su hueste... Mas la mano no se tendió... Tal vez estaba tendida en la sombra: los ojos de Aurelio Zaldívar eran ciegos... Y si la voluntad que animó los huecos ojos de Lázaro hubiera querido... ¿no hubieran visto también aquellos ojos que tantas veces soñaron la alucinación del milagro?... Una de las personas que pasan por esa narración, Sebastián, transformó para su uso un proverbio piadoso: «Dios aprieta, pero no afloja», decía plebeyamente él. Nosotros no podemos decir lo mismo al ver que, ya en el borde de la puerta de que habla con clara parábola el evangelista, la diestra de Aurelio, luego de tactear en vano, ansiosa de sostén, se repliega huérfana contra su cuerpo... Forzoso es que algunos actos de Dios nos parezcan inhumanos; divinidad y humanidad no son palabras sinó-

nimas en ninguna lengua. Con solo tomar cuerpo de hombre, el Hijo de Dios repitió: «Hágase, Padre, tu voluntad». Ya sus dos voluntades no eran la misma: un poco de arcilla partía en dos la voluntad deica. ¿Quién puede fijar la causa de sus decisiones? El escogió á Jacob para simiente de un gran pueblo, dejando en la sombra á Esaú, y Jacob fué ladrón de bendiciones, altanero, cobarde..., y Esaú, según nuestra ética, era justo. El santificó la venganza en Sansón, la impostura en los hermanos de José, el incesto en Judá; de antemano endurecía el alma de Faraón para que no la ablandasen las razones que dictaba á Moisés... Nosotros habríamos procedido de otro modo, pensamos... ¿Por qué obstinarnos en que nuestra razón sea su razón?

Si Aurelio Zaldívar, tomando cualquiera de las calles que parten de la plazoleta donde queda, va al crimen, cae en el cieno de todas las infamias, que sea condenado; mas que para aminorar su pena ante la suprema justicia—ya que la deleznable justicia terrenal sólo propende á salvaguardar á los que no han delinquido contra los que delinquen—, para atenuar sus faltas allá arriba, sirva el gesto que con tanta vehemencia hizo para encontrar á Dios... Aquí se le castigará, oirá palabras acerbos y es-

tímulos tardíos; quedará inhabilitado, porque los bancos de la justicia manchan á los inocentes y no lavan á los culpables; un presidente graso y con todas sus necesidades resueltas, le amargará la sentencia con un discurso... Nuestro cariño no nos lleva á esperar para él jueces como el buen juez Magnaud, que escribió en papel de oficio, sin contaminarse del olor curial, este *considerando* maravilloso: «Lo que no puede evitarse no debiera ser castigado».

Y á los hombres que desde el interior de sus viviendas, acariciados por las blanduras del bien vivir, juzgan en una sola frase no precedida de reflexión las acciones de los que combaten en la batalla..., á éstos nada. Caigan sobre Aurelio Zaldívar sus reproches; escarnézcanlo por vivir de la prostitución de la mujer á quien desean; injúrienlo por haber matado á mansalva un hombre... Hay que ser severos... hay que evitar enternecerse.

En las violencias de la lucha no se pueden cuidar las actitudes. La moral es como las lamparillas de aceite, que sólo sirven para alumbrarnos cuando estamos dormidos.

F I N

## ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULOS. I.....	7
— II.....	23
— III.....	45
— IV.....	75
— V.....	95
— VI.....	121
— VII.....	157
Intermedio.....	181
CAPÍTULOS. VIII.....	187
— IX.....	213
— X.....	231
— XI.....	247
Epilogo.....	271

---







